PRIMERAS MANIFESTACIONES DE CULTURA SALMANTINA

EL PALEOLÍTICO

Durante la primera edad de piedra, que llaman período Paleolítico o de la piedra tallada, cuya duración concreta sólo Dios conoce, ya vivió el hombre aquí por las cercanías de Salamanca. Los utensilios hallados en las altas terrazas que se extienden desde Pelabravo, Gargavete, detrás del Matadero, Teso de la Feria y Vistahermosa por la izquierda del Tormes; y por la derecha en los niveles correspondientes, más arriba de la vieja Toma de Aguas y en las cercanías del Cementerio, señalan el paso y el establecimiento de los primeros hombres que por aquí dejaron sus huellas. Pertenecen éstas a la mitad del Paleolítico, a su etapa inferior, que es decir a la más antigua, al período que en arqueología se llama *Acheulense.*

Vivían esos primitivos a orillas del gran lago que cubría el solar de Salamanca y sus alrededores. El Marín y el Cerro de la Salud, esas dos colinas que se hallan al W. de la ciudad, estaban unidas formando un dique bastante más alto que el actual puente de la Salud, y el agua del Tormes, contenida por ese dique, formaba un gran remanso, un lago considerable, un pequeño mar que inundaba el Teso de la Feria, Pelabravo, Babilafuente, Aldearrubia y, con mayor motivo, los terrenos de nivel inferior, como son Encinas y Calvarrasa de Abajo, Santa Marta y Tejares con Aldealengua. Las gravas que aparecen en todo el territorio menciona-

do, las cuarcitas o cantos rodados, que llegan hasta cerca del alto de Pelagarcia, señalan el fondo de ese antiguo lago. Hacia la mitad del Cuaternario, cuando la erosión iba lentamente produciendo la gran depresión que hoy vemos entre el Marín y el Cerro de la Salud, hombres de la raza de Neandertal se establecieron a las orillas del lago que iba disminuyendo de extensión a medida que la depresión aumentaba.

En el camino de Salamanca a la Flecha se encuentra el *Arenal del Angel*, que no es más que una porción de playa del antiguo mar. Más adelante, partiendo de Aldealengua y siguiendo una línea curva por detrás de Aldearrubia hasta la base del monte Terrubio, en dirección a Babilafuente, se pisa arena finisima que forma una playa como las mejores del mundo, pero sin mar, porque el mar ha desaparecido. Es la encantadora playa del primitivo mar cuaternario. La corriente del Tormes venía recta desde Alba, a estrellarse en el Teso Terrubio y alturas inmediatas, y en esas orillas iba depositando las arenas en que hoy se hunde quien por allí pasa. Actualmente esa playa queda a varios kilómetros del Tormes que modificó su curso.

En esa época comenzaron a formarse los valles secundarios que afluyen al Tormes, como son el Zurguén, el valle o Arroyo de los Milagros, el de la Pinilla y otros.

Los hombres de aquella edad, ligeros de ropa porque la benignidad del clima a ello les convidaba, vivian en el tupido bosque que a las orillas del lago se extendía. Los árboles les proporcionaban frutas más o menos exquisitas, las abejas miel, tiernos pescados las aguas, las aves y los animales salvajes carne sabrosa, pues aquellos primitivos eran excelentes cazadores.

Para sus trabajos elementales de caza y descuartizamiento de la misma, a falta de utensilios de metal, que entonces era absolutamente desconocido, los fabricaban de madera, que no se ha conservado, y de piedra, de los que se han hallado muchos y muy típicos ejemplares, hachas de mano de cuarcita, que están repartidas por el Museo Arqueológico Nacional, por el Museo Etnográfico de Lisboa y por mi co-

lección, hoy en el Museo de Salamanca (Figura 1). Representa ese grabado una serie de utensilios de aquella lejana edad, entre los que se ven hachas de mano ovales con empuñadura lateral, discos planos y cónicos, raederas, algunas muy rodadas y con señales de uso. Hay ejemplares clásicos y típicos, principalmente al centro de la última fila, en que aparecen algunos en forma de almendra. Delatan por su forma y por su técnica el nivel llamado Acheulense y principios del Musteriense.

El primero que vislumbró la existencia del Paleolítico en estas cercanías fué H. Breuil (1918), después el señor Obermaeir, y yo he seguido las huellas de esos grandes maestros (1).

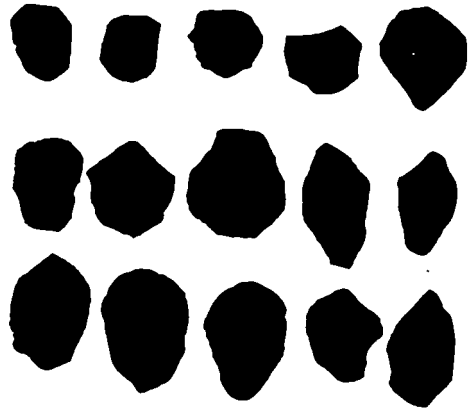

FIGURA 1

Utensilios paleolíticos de las cercanías de Salamanca, usados por el hombre primitivo que acampó a las orillas del gran lago que en otro tiempo inundaba el solar de la ciudad.

También hallé piedras talladas en otro punto de la provincia, en el Cerro del Berrueco, y mandé unas muestras al Museo Arqueológico con los demás objetos allí encontrados. Entonces me contenté con decir: "es dudosa, la existencia del Paleolítico en el Cerro, pues aunque aparecen acá y allá algunas cuarcitas rotas, traídas de lejos, no presentan caracteres definidos por los que puedan clasificarse entre los períodos cuaternarios, quedando la duda de si la rotura es natural o intencionada." (2).

El señor Obermaier, que vió esos ejemplares en dicho Museo, escribe: "Muestras del Paleolítico inferior (dos hachas de mano de cuarcita) encontradas en mezcla superficial

1 H. Obermaier, *El hombre Fósil*, Madrid, 1925, pág. 195.

2 C. Morán, *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco*, Memoria núm. 65 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid, 1924, pág. 10.

por C. Morán (1923). Conservadas en el Museo Arqueológico Nacional." (3).

También don Juan Cabré las ha visto, y comparando varios yacimientos arqueológicos como el Cerro del Berrueco, El Castillejo y otros poblados pertenecientes al período Argárico, como los hallados claramente lo demuestran, escribe lo siguiente: "El P. Morán en su citada Memoria apenas concedió importancia a las cuarcitas que descubrió en el Berrueco, según se desprende de sus palabras." (4). Y prosigue el mismo autor: "dos de dichas cuarcitas las trajo al Museo Arqueológico de Madrid con los demás objetos descubiertos en sus excavaciones, donde figuran con los números 35.215 y 35.216.

"Una de ellas (el señor Cabré las presenta en fotografía y en dibujo) acusa la forma de hacha triangular con el reverso casi plano y saltado, determinando dos vertientes por el dorso, talón recio, en el cual se conserva parte de la corteza del canto, cuya cuarcita es de mala calidad y color amarillento...

Según nuestro modo de entender, las dos deben clasificarse como postpaleolíticas y coetáneas de la industria en cuarcita de El Castillo, porque así lo abonan los referidos documentos argáricos del Berrueco, similares a los de Cardeñosa."

Ningún inconveniente hay en admitir que en los poblados de la edad del Bronce, cuando los metales tenían que ser forzosamente raros y por eso no podían estar al alcance de todas las fortunas, muchas gentes humildes se verían obligadas a echar mano de la piedra tallada o pulimentada, según los casos y las necesidades del momento. Desde luego no me pareció el Berrueco una estación paleolítica y por eso me resistí a creer en aquellas piedras talladas, que mandé

3 H. Obermaier, loc. cit.

1 J. Cabré, *Instrumentos tallados en cuarcita en el Argárico de la provincia de Avila.* Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, tomo X, 1931, pág. 314.

al Museo sólo a título de curiosidad, de información completa y de posibilidad remota.

En todo el resto de la provincia, que he recorrido con cuidado, no he descubierto más vestigios de piedras talladas, con lo cual no pretendo decir que no existan, sino sólo que no he topado con ellas.

Al fin del Paleolítico pertenecen algunas pinturas rupestres de las Batuecas; otras, de la misma localidad, son más modernas, como lo indica su esquematización, y encajan ya en el Neolítico (1).

EL NEOLÍTICO

Hasta el momento presente no conocemos en Salamanca ningún poblado del Neolítico puro por falta de excavaciones en lugares que puedan proporcionarlo. Tales son los castros, abundantísimos en esta tierra, cumbres fortificadas, mesetas colocadas en parajes inaccesibles, que suelen llevar los nombres significativos de castros, castillos, mesas, atalayas, bastidas. De esas denominaciones unas aluden a su finalidad defensiva, otras a su forma y posición en las alturas. Algunas de esas fortalezas hay que atribuirlas al período Neolítico; se puede afirmar "a priori". El fundamento de esta aseveración es el considerable número de dólmenes, 49, que hay en esta provincia en mejor o peor estado de conservación, prescindiendo de otros muchos cuya desaparición está comprobada. Esta densidad de dólmenes acusa una población numerosa que no se improvisa en poco tiempo, sino que tenía ya raigambre en épocas anteriores.

En aquellos tiempos los habitantes dueños de una región escogían su morada en lo alto de una colina donde

1 Hernández-Pacheco. *Dos nuevas localidades con pinturas prehistóricas en las Batuecas (Salamanca)*, en la Sociedad Española de Antropología, tomo 1.°, 1922, pág. 202 y siguientes. Véase también H. Breuil, *Les peintures rupestres de la Péninsule Ibérique, IV; La Vallée peinte des Batuecas (Salamanque)*; L'Antropologie, vol. XXIX, 1918-1919.

fácilmente pudieran defenderse de una invasión que en cualquier momento podía presentarse. No es que viviesen habitualmente en la fortaleza; los neolíticos pastoreaban sus ganados, labraban los campos, sembraban porciones de terreno, recogían las mieses y hasta cultivaban la industria y el arte. La fortaleza, el castro, la bastida, era lugar de refugio para no hallarse, en caso de invasión, a merced del primer advenedizo, ni en condiciones iguales a campo raso, sino con las ventajas que ofrece una posición estratégica.

Al Neolítico pertenecen muchos utensilios de piedra pulimentada hallados en la provincia (Figuras 2, 3 y 4), que son los que dan nombre al periodo, aunque no sean los que principalmente le caracterizan. Gran parte de ellos son del Cerro del Berrueco, población extensisima como no hay otra en toda la región, tiene su origen en el Neolítico, atraviesa las épocas siguientes y se asoma hasta la conquista romana, que es cuando desaparece. Así lo demuestran los hallazgos. Es el único castro salmantino en que se han realizado excavaciones dos veces bajo mi dirección; la primera por cuenta propia, gracias a don Juan Muñoz, de Béjar, que pagó los gastos: los objetos que entonces aparecieron están en mi colección; la segunda fué por cuenta del Estado, y los objetos se mandaron al Museo Arqueológico Nacional.

FIGURA 2

Hachas y objetos neolíticos de que se servían nuestros antepasados antes de descubrir los metales.

Los útiles de piedra allí encontrados son variados y múltiples; los hay grandes, pequeños, planos, cilíndricos, cónicos, prismáticos, rectos, curvos, triangulares, rotos, íntegros, de corte fino, de corte romo y mellado por el uso. Son hachas neolíticas pulimentadas en toda la superficie por lo general, aunque también se ven algunas pulimentadas en parte, junto al corte, y el resto tallado a golpes. Las hay de fibrolita, de serpentina, de

diorita, de silex, de granito, de pizarra. Algunos ejemplares aparecen con rayas o estrías paralelas en sentido longitudinal; otras tienen una muesca o hendidura transversal, que sospecho serviría para sujetar el mango. Don Claudio Coll, médico de Peñaranda de Bracamonte, posee un ejemplar que representa una figura humana estilizada, grabada con profunda línea, semejante a las que se ven en las pinturas rupestres. En el Museo de Agustinos, de Valladolid, hay una hachita enmangada con metal que deja asomar el corte de piedra bien afilado.

FIGURA 3

Instrumentos cortantes de piedra pulimentada que el vulgo llama «piedras de rayo» por figurarse que caen de las nubes durante la tempestad.

Un utensilio extraordinariamente largo, 61 centímetros, es el que se representa en la figura 2, arriba. Se halló en Lumbrales, al occidente de Salamanca. Tiene, como puede verse, punta por ambos lados. Será, como la mayor parte de estos útiles, instrumento de trabajo en la paz y arma en tiempos de guerra; del mismo modo que las rejas de arados, las barras, tenazas y cualquier clase de hierro, ha servido a nuestros antepasados para las dos faenas, según las circunstancias.

FIGURA 4

Hachas e instrumentos líticos que dan idea de la lentitud con que nuestros predecesores acometían sus ordinarias faenas.

Mucho abundan por Salamanca estos instrumentos de

piedra, y a juzgar por el apego, fe y devoción supersticiosa con que los campesinos los conservan, se puede uno preguntar si algunas de esas hachas se vienen transmitiendo de padres a hijos desde los tiempos en que eran de uso corriente; es decir, desde el Neolítico. En mi colección hay más de un centenar, más de otro centenar he mandado al Museo Arqueológico por haber sido halladas en excavaciones oficiales, y rara es la casa de labrador salmatino donde no hay por lo menos un ejemplar para fines folklóricos.

Después de la invención de los metales, los instrumentos de piedra tuvieron que seguir en uso durante muchos siglos. La rutina, la economía, la dificultad de proporcionarse materia prima, que en un principio tuvo que ser grande, son razones que justifican esa supervivencia.

LOS DÓLMENES

Los dólmenes o monumentos megalíticos son sepulcros del hombre prehistórico (1). Se componen de un círculo de piedras hincadas y de una galería o corredor adyacente, orientado entre saliente y mediodía. Esto era como el esqueleto o armazón. Sobre ese conjunto de hincones aglomeraban tierra y piedras hasta formar una colina artificial que tapaba por completo las piedras hitas. En todos los que no están en terrenos cultivados se conserva el túmulo, o parte de él, vestigio de esa montañita artificial, de esa mámoa, de esa motilla, de esa terroña. Se puede asegurar que en esta región todos los dólmenes estuvieron primitivamente cubiertos de tierra. De todos los que he explorado en Salamanca y en Zamora, más de cincuenta, ninguno tiene cubierta-

1 Las únicas noticias acerca de los dólmenes de Salamanca se hallan en *Prehistoria de Salamanca*, por el P. César Morán, publicadas en *O Instituto*, revista de la Universidad de Coimbra, vol. 7.º. En esa obrita se da cuenta del hallazgo, situación y descripción externa de algunos dólmenes. El estudio interno de los mismos y del ajuar en ellos encontrado puede verse en *Excavaciones en los Dólmenes de Salamanca* del mismo autor, Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, núm. 113, Madrid, 1931. Otra Memoria, sobre Dólmenes descubiertos y explorados más tarde, se halla inédita en el Museo Arqueológico Nacional.

tapadera de la cámara sepulcral como la tienen por otras regiones; probablemente nunca la han tenido. Sólo uno, el de Sobradillo, que por cierto ya no existe, ofrecía duda sobre el particular; una piedra, inclinada contra otras que estaban de pie, podría considerarse bien como vestigio de tapadera, bien como uno de los hincones caídos. Sobre la galería o corredor sí que conservan algunos dólmenes las primitivas cobijas o travesaños. Podrá decirse que las grandes cubiertas han desaparecido. Es posible, pero también es mucha casualidad que ninguno conserve algún claro vestigio de su existencia.

FIGURA 5

Dolmen de Zafrón en que se nota el círculo de grandes piedras que forman la cámara sepulcral donde eran sepultados los primates de antaño.

En el círculo que marcan las piedras hitas es donde sepultaban los cadáveres (inhumación), o sus cenizas (cremación) con el ajuar funerario. Ese círculo o cámara funeraria, que se nota bien en la figura 5, suele tener un diámetro de tres a nueve metros. y la galería contigua, un metro de ancha por cuatro a ocho de larga.

Todos los dólmenes conocidos por esta tierra son de un solo y único tipo, el que reseñado queda: un círculo con una sola cámara y su galería de acceso. No hay por acá el tipo de falsa cúpula que existe por Andalucía y por otras regiones, aunque otra cosa digan algunos libros. El megalitismo del país no es exagerado, como puede apreciarse en la figura 6; la piedra más alta de nuestros dólmenes no pasa de cinco metros, y lo corriente es que no lleguen siquiera a tres.

El pueblo del campo salmantino designa estos monumentos con los nombres siguientes: *teriñuelo, tiriñuelo, turruñuelo, terroña, turrión, torrejón, torrecilla, castillo, casa del moro, de la mora.* Por estos nombres ha de preguntar el investigador que quiera encontrarlos.

Los dólmenes son los monumentos más antiguos que se conservan en nuestra tierra, las primeras manifestaciones de la arquitectura, que tan bellas manifestaciones dejó por aquí más tarde. Parece que los salmantinos debieran mirarlos con algún interés.

FIGURA 6

Dolmen de Lumbrales, llamado de la Navalito, donde se pueden ver restos de la galería señalada con pequeñas piedras que avanzan hacia el espectador, y la cámara al extremo opuesto.

Estos sepulcros, depositarios de la cultura de pretéritas edades, son como anillos de la cadena de nuestra historia, eslabones que enlazan a los tiempos neolíticos, fecundos en inventos de altísimo interés para la humanidad, con la edad de los metales, época en que aquellos inventos se desarrollan, progresan y florecen.

Los constructores de dólmenes vislumbraban, aunque confusamente, la inmortalidad del alma, se imaginaban una vida después de la presente y obraban de acuerdo con esa creencia construyendo grandes y costosos mausoleos para eterna morada de los muertos, que, tal vez habían vivido en una gruta del terreno o en una choza de ramaje apoyada en el tronco de una encina. Como casi todos los pueblos antiguos y algunos de los actuales, entre éstos los gitanos que merodean por nuestros territorios, sepultaban al pie del cadáver o de sus cenizas las alhajas usadas durante la vida, para tenerlas a mano en el momento de la resurrección, para no hallarse desprovistos, sino bien equipados y poder seguir entonces la vida normal, la nueva vida que se imaginaban semejante a la de acá. Además de los útiles de trabajo, depositaban con el muerto armas ofensivas y defensivas para hacer frente a los peligros del gran viaje al otro mundo y durante la permanencia en él. También ponían comida

a lado del muerto, comida ritual, porque, "si no habia muerto del todo", si tenia otra vida, necesitaria alimentarse. Otros muchos objetos acompañaban al difunto en su última morada: ídolos, fetiches, cerámica, adornos corporales, recipientes de piedra, etc.·

Como siempre ha habido ricos y pobres, eso mismo sucedió en la Prehistoria. Unos dólmenes son sepulcros de ricos, y en ellos aparecen verdaderos testimonios de su riqueza; otros son de pobres y no encierran nada o casi nada, sin que en muchos casos pueda pensarse en despojos anteriores.

Los objetos ritualmente colocados en los dólmenes constituyen el ajuar funerario; son verdaderos archivos, depósitos, colecciones, museos que la antigüedad ha conservado cuidadosamente para ponerse en comunicación con nosotros y para descubrirnos así muchos secretos íntimos de su vida y costumbres, que de otro modo seguirian siendo enigmas impenetrables.

Lo que con mayor frecuencia se ve en los dólmenes salmantinos son señales de fuego, ceniza, carbones y tierra quemada, bien fuese para incinerar los cadáveres, bien para sacrificios, o para otros fines. En segundo lugar mencionaremos los huesos humanos que no todos los dólmenes contienen. Nunca se halla el esqueleto en forma de inhumación, sino los huesos partidos, en montones de pequeño espacio y juntas las partes heterogéneas del cuerpo, como son trozos de cráneo y porciones de tibia. Otras veces se ven los huesos ya enteros, ya fragmentados, esparcidos por el fondo del dolmen, con frecuencia a lado de una gran piedra y, entre ellos, mezcladas las ofrendas fúnebres. Nunca se halla un esqueleto completo ni en huesos íntegros ni fragmentados; sólo partes de él. Esto hace pensar que el cadáver estuvo antes depositado en otro lugar, en un pudridero, llamémoslo así, hasta que llegó el momento de dar, a una porción de los huesos, sepultura definitiva en el dolmen. Se han encontrado huesos de jóvenes y de viejos, de niños y de mujeres, y, según el testimonio de los técnicos, no hay marcadas diferencias entre aquellos pobladores y la raza actual.

Señales de cremación de cadáveres las he visto en un solo dolmen que dió huesos humanos calcinados. Esto induce a creer que en otros dólmenes, donde no hay ningún vestigio de esqueleto, es porque ha sido incinerado y sólo sepultaron las cenizas. Siempre había pensado que la cremación explicaba esa falta de huesos, y este hallazgo de última hora confirma mi sospecha. M. de Chatellier dice que "en la aurora de los tiempos históricos y algo anteriores, la religión de los muertos se acomodaba fácilmente a los dos ritos de inhumación y de incineración." (1).

También se encuentran huesos de animales, principalmente dientes de caballo, sacrificado quizás al morir su dueño; otras veces son huesos de conejo y de caza, vestigios probablemente de viático o comida del difunto.

Un elemento muy abundante. que señala el aspecto más antiguo de los dólmenes, es el hacha neolítica en todas sus fases, tamaños, materias y formas. Las hay rotas intencionadamente, tal vez por aquello de *nadie las mueva*, o nadie las utilice después de muerto el dueño. Se encuentran hachas votivas, piedras con su corte y pulimento, pero de materia frágil, que no sirven ni han servido nunca para el trabajo.

Entre las verdaderas se han hallado en algún dolmen hasta doce hachas neolíticas, alguna de gran tamaño, en cuya presencia exclamó uno de los asistentes: "Esta sería del jefe de la tribu." Algún raro ejemplar aparece perforado, otros son largos y estrechos como espátulas, con corte arqueado y con la punta opuesta aguda como un punzón.

Cuchillos de sílex (Figura 7) se encuentran en la mayor parte de los dólmenes. Casi todos son curvos, con la curvatura natural que les dió el núcleo de que proceden. Sólo he hallado dos rectos. Los hay de todos los matices, aunque son blancos la mayor parte. Los más largos miden 20 centímetros. Suelen tener excelente corte, doble filo y agudísima punta. Algunos en vez de corte presentan dientes como una

1 M. de Chatellier, apud Déchelette, *Manuel d'Archéologie Préhistorique*, tomo 1.° pág. 465.

sierra. Hay dolmen que no da de sí más que un solo cuchillo y tal vez roto; otros en cambio guardan hasta 25 ejemplares. Eso puede depender de la riqueza del muerto manejada por

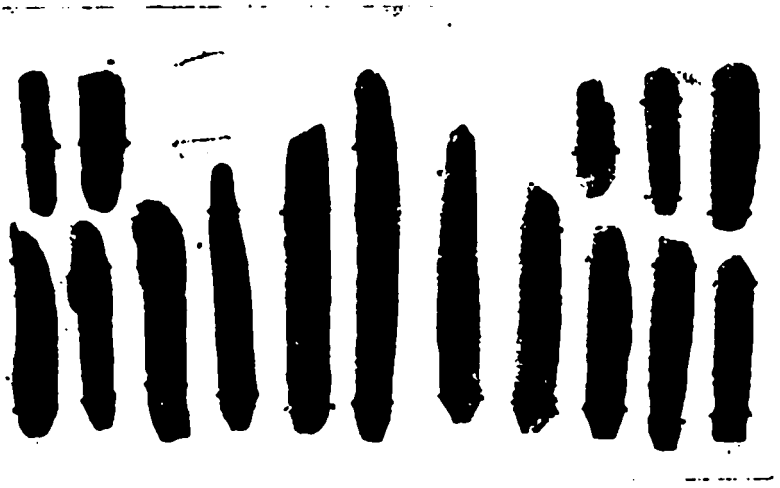

FIGURA 7

Cuchillos de pedernal, de cortes vivos y de puntas penetrantes, que servían para usos caseros al fin de la edad de piedra y principio de los metales.

sus allegados supervivientes; es posible que no tuviese más que uno de esos utensilios, y ése le acompañó a la tumba; quizás tenía muchos y el heredero los destinó a otros fines. Esos cuchillos de pedernal son instrumentos de paz y de trabajo. Las hachas ya hemos dicho que pueden considerarse con doble finalidad, como utensilios de trabajo principalmente y, en caso oportuno, como armas de combate para la guerra.

Las flechas de pedernal en cambio parecen estar destinadas a la caza y a la guerra, si es que no se empleaban también como instrumentos de cirugía. Se hallan con frecuencia en los dólmenes de Salamanca en mayor o menor cantidad. Son de sílex y de muy variadas formas: con pedúnculo, sin él, con aletas rudimentarias, otras veces con aletas bien desarrolladas, también sin aletas en absoluto, triangulares, an-

chas, estrechas, con corte dentado, alguna vez casi recto, unas de punta roma y otras de punta fina como la de un alfiler. Ofrecen esas flechas los mismos matices de color que los cuchillos porque están fabricadas de la misma materia. No están pulimentadas como las hachas; están talladas a presión por medio de otras piedras, y asombra la habilidad de aquellos artistas que pudieron labrar objetos tan diminutos sin romperlos. Resultan verdaderas obras de arte, comparables a las que se tallaron en Egipto y Dinamarca al fin del uso de la piedra. El tamaño de las flechas, instrumentos menudos, suele medir entre 20 y 60 milímetros de largo y de nueve a 28 de ancho. Estas puntas se sujetaban al extremo de un palo para emplearlo como lanza (1), o se arrojaban con arco que se utilizó desde el Paleolítico, como puede verse en las representaciones rupestres de cazadores y guerreros de la *Cueva de la Saltadora y Barranco de Valltorta (Castellón)*, en *Alpera (Albacete)* (2) y en otras localidades de la Península. También se encuentran en los dólmenes raspadores triangulares, que recuerdan por su forma y su tamaño los microlitos del Capsiense.

Fuera de los dólmenes se han hallado, en el pueblo llamado Cristóbal, unas pocas hojas de lanza de tipo avanzado, quizás contemporáneas del metal. Las hallaron gentes indoctas y no se conserva más que una, salvada del olvido por don Juan Muñoz, de Béjar, que la tiene como oro en paño, como venerable reliquia de la antigüedad (Figura 8). Es de sílex, excelentemente tallada, de gran tamaño, inconfundible con las hachas de los dólmenes. Una muesca lateral señala el punto por donde se sujetaba al mango, tal vez en forma de alabarda. Es plana con punta y cortes, semejante a los puñales escandinavos neolíticos.

Son frecuentes en nuestros dólmenes las piedras con pila. Ésta, de muy variadas dimensiones, se presenta unas veces en el centro de una gran piedra, otras veces ocupa toda una cara y una vez aparece en la misma esquina saliente

1 Véase J. de Morgan, *L'Humanité Préhistorique*, pág. 104.
2 H. Obermaier, *El Hombre Fósil*, 1925, págs. 137 y 287.

de una piedra, lo que parece cosa rara. De todos estos modelos hallé en el dolmen de Castro-Enríquez (1). Otra pequeña pila o plato de granito en forma de bandeja alargada

FIGURA 8

Hoja de sílex tallado, encontrada en Cristóbal, Salamanca, con otros bellos ejemplares que fueron destruídos. Es propiedad de don Juan Muñoz, de Béjar.

(Figura 9) encontré en el dolmen de Castraz. Todos estos recipientes se dan la mano con el que apareció en Matarrubilla (2) y con otros de dólmenes extranjeros. Servirían estas pilas para colocar la comida del muerto, quizás para depositar transitoriamente ciertas porciones del cadáver; digo transitoriamente porque en ninguna hallé más que tierra. Podrían servir para sacrificios o ceremonias fúnebres que, como veremos, se celebraban en los dólmenes.

No es raro hallar en el interior del dolmen pequeños recintos en forma que quiere ser cuadrada, de medio metro de lado, compuestos de pequeñas piedras hincadas y cubiertos con su tapadera. Registrados convenientemente esos nichos, en uno de Terradillos se encontró una pequeña pizarra con su pilita, y fuera, a lado, una hachita de piedra y una

1 Morán, *Excavaciones en los Dólmenes de Salamanca*, pág. 45.
2 Obermaier, *El Dolmen de Matarrubilla*.

rodaja de pizarra del tamaño de una moneda de diez céntimos con líneas enigmáticas. En otro de Castraz no se halló nada digno de mención, y sólo a su lado estaba el mencionado plato o bandeja.

FIGUR 9

Plato de granito, alargado y de poco fondo, descubierto en el dolmen de Castraz de Yeltes.

Piedras afiladoras y otras esféricas, que sirvieron para machacar, son utensilios caseros que acompañan al difunto.

En las mismas piedras dolménicas aparecen hoyos hemisféricos y líneas grabadas que representan seres humanos estilizados.

Como amuletos aparecen algunos fetiches, piedras con profundas líneas en que se adivina lejanamente la forma humana. Lo que más abunda en este sentido son prismas hexagonales de cuarzo, blanco generalmente, alguna vez ahumado. La frecuencia con que se hallan estas piedras traslúcidas induce a creer que las colocaban como talismanes, dotados de alguna virtud, protectores de las tumbas. No tengo noticia de que en dólmenes de otras regiones aparezcan prismas de esta clase, que en Salamanca y en Zamora se considera como algo ritual y constante.

Los principales objetos de adorno corporal que proporcionan los dólmenes son cuentas de collar con que se embellecían aquellas viejas gentes. Son de muy diversos tamaños, desde tres centímetros hasta medio milímetro de grueso. Están perforadas para enhebrarse con un hilo; unas son de pasta dura y otras de piedra pulimentada, de diversos colores, principalmente verde, de malaquita. El orificio pocas veces es regular como los que hoy se practican; la mayor parte son bicónicos, con el vértice en el centro. Esto demuestra que comenzaban a perforar con un instrumento, cuya punta ensanchaba rápidamente, primero por un lado, después por otro, hasta encontrarse en el centro de la pieza y, como no

siempre coinciden por no seguir el mismo eje, tardan más de lo conveniente en encontrarse. Las cuentas de collar no sólo engalanaban el cuello de las mujeres, que ya en aquellas épocas antiguas sentían aficiones análogas a las mujeres de hoy, sino que también adornaban el fuerte y velludo pecho de los ancianos, de los jefes, de los hombres sesudos, como se puede deducir de los primitivos actuales que pueblan las regiones de Africa y de Oceanía.

La cerámica de nuestros dólmenes es generalmente lisa, de color rojo u oscuro, de forma esférica, quiero decir sin base plana que sirva de asiento; los vasos que la tienen plana constituyen una excepción; a pesar de ello, se sostienen bastante equilibradamente. No aparecen señales de torno, y en cuanto a la cochura, hay dos grupos: los bien cocidos y resistentes y los mal cocidos que se desmoronan al frotarlos sencillamente con la mano y humedecidos en agua. Muchos se ven cocidos al aire libre, donde el fuego les daba más por una parte que por la otra y resultan con quemaduras esporádicas. Ordinariamente las vasijas se hallan rotas en mil pedazos, quizás por ceremonia ritual; desde luego no es por presión de la tierra, porque entonces todos los trozos estarían juntos. Alguna vez después de revolver y cribar toda la tierra de un dolmen no se encuentran más que tres o cuatro fragmentos, que constituyen una pequeña porción de un vaso. En algún dolmen, de los no profanados, ni siquiera se hallan vestigios de cerámica. En mis excavaciones sólo he hallado cinco vasijas completas, de pequeñas dimensiones, cazoletas y cuencos, algunos sin gracia ninguna; no son más que un casquete esférico; otros tienen una estrechez a la mitad de su altura y eso les da ya un aire de variedad y de gusto (Figura 10).

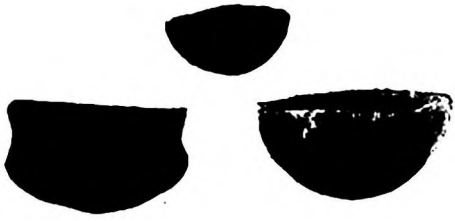

FIGURA 10
Vasijas esféricas procedentes de los dólmenes.

Los que aparecen decorados lo están por zonas horizontales alrededor del vaso. En algún fragmento se descubren

hasta nueve zonas decoradas, alternando con otras zonas lisas. La decoración es incisa, determinada por líneas rectas, quebradas, meandros, hechos por el procedimiento del Boquique; otras veces son puntos poco profundos, y también simulando tejidos, como si el vaso blando se hubiera metido en un molde de esparto que dejó sus varitas señaladas en la superficie. Un trozo hallado en el dolmen de Aldeavieja tiene las profundas líneas rellenas de pasta blanca, como los que han aparecido en Los Alcores, en Ciempozuelos, en Los Millares y en Palmella (Portugal), que delatan la cultura eneolítica. Esta decoración, en que resalta lo blanco sobre fondo oscuro, acusa la presencia del vaso campaniforme, de origen hispánico, que en esta época se extendió por Europa hasta Budapest. Ya antes había encontrado esta forma tan artística en el Cerro del Berrueco, y últimamente la encontré en un dolmen de Vidriales, al norte de Zamora. Otros adornos que se aprecian en las vasijas dolménicas, marcados siempre con líneas incisas, señalan triángulos, zonas verticales, dientes de sierra, hojas de acacia y semicírculos que parecen los precursores de la pintura en cerámica ibérica. No faltan ejemplares en que aparece toda la superficie rayada con toscas líneas a granel sin plan fijo. Hay trozos del borde superior o de la boca más gruesos que el resto de las paredes, inclinado ese borde hacia fuera con cierta gracia en forma de cáliz o de campana. Muchos tienen brillantes partículas de mica, y no faltan los que contienen gruesas arenas de tierra mal cernida.

Las asas se reducen a mamelones o pequeños salientes para apoyar las manos. Esos mamelones están perforados alguna vez de abajo arriba como para pasar una cuerda y llevarlos colgados. Son precursores del asa que más tarde llegó a ser tan elegante. Algunos presentan perforada la misma pared de la vasija.

LOS METALES

Sólo en cuatro dólmenes, tres de Salamanca y uno de Zamora, se han hallado instrumentos de metal. Uno de ellos proporcionó solamente un trozo de alambre de cobre de dos centímetros de largo entre hachas de piedra, flechas y cuchillos de pedernal; otro, que es el de Sepúlveda, un trozo de alambre doblado, 0,10 metros de largo, junto con cuchillos de sílex; el dolmen de Almeida (Zamora) dió una hoja de un puñal, una hacha neolítica y un cuchillo de pedernal. El más importante en este sentido es el dolmen de Aldeavieja (Salamanca), donde ya no se hallaron hachas de piedra, lo que parece indicar una fecha tardía, ni huesos, quizá debido a la cremación, y sí cuchillos de sílex, muchos y buenos ejemplares, flechas de la misma materia en abundancia, cuentas de collar, vasijas y cerámica, entre ésta el vaso campaniforme, y con todo ello varios objetos de metal.

Entre éstos hay dos punzones de cobre, uno cilíndrico-cónico, en forma de grande aguja sin orificio; el otro, en forma de pirámide cuadrangular; es grueso por un lado y de aguda punta por el otro. Probablemente con estos punzones decoraban la cerámica con aquellas líneas más profundas en un punto que en otro, que es lo que constituye la técnica del Boquique, a fin de que la pasta blanca, que se aplicaba después, quedase fuertemente adherida.

Aparecen flechas de cobre, en forma de elipse, sin nervaturas ni complicaciones, insensiblemente más gruesas en el centro que en las orillas; son dos y ambas tienen espiga en forma de agudo clavo, cilíndrico en una y en la otra prismático triangular. Son flechas planas, sencillas, típicas de los dólmenes. Su forma indica que eran para clavarlas en la punta de asta, más bien que para ser arrojadas con arco.

Del mismo dolmen es una hoja de puñal de doble filo, plano, sin la nervatura central que más tarde sirve para

darles consistencia, aunque, como las flechas, es más grueso por el centro que por la periferia y fabricado con la sencillez primitiva. Es análogo al encontrado en Almeida, con la única diferencia de que éste tiene dos agujeritos para adaptarle el mango, y el de Aldeavieja no los tiene. Ambos tienen una ancha y corta espiga ovalada para introducirla en el mango de hueso o de madera. Son similares al que presenta J. Leite de Vasconcelos (1), hallado en el Casal dos Frieis-de-Deus con otros muchos objetos de gran interés arqueológico, como si allí hubieran sido guardados.

Del mismo depósito de Aldeavieja salieron dos objetos de oro, dos cintas, una pequeña, de dos centímetros, con tres dobleces sobre sí misma, plana, muy delgada, sin decoración, ancha en el centro y estrecha a las puntas. La otra, de la misma forma y caracteres, tiene 39 centímetros de largo, nueve milímetros de ancho en el centro y cuatro a los extremos, hasta donde va disminuyendo gradualmente. Pesa ocho gramos. En cada extremo conserva tres agujeros practicados directamente con clavillos que dejaron allí las rebabas al perforar sobre madera o cosa análoga.

Muchos de estos objetos fueron importados por el comercio, pues no hay por aquí materia prima que los proporcione, como son algunas hachas y cuchillos de piedra. Otros en cambio son del país, el oro inclusive puede ser de los arenales del Tormes, que pasa muy cerca del dolmen de Aldeavieja, tan fecundo en hallazgos. A las orillas de ese río, y en aquellas inmediaciones, han acampado muchas veces, según me dicen, aureanos y aureanas, que son buscadores de oro, y que al parecer encontraban pepitas del dorado metal que les indemnizaba de los trabajos y fatigas. Ese venero pudo ser explotado desde la antigüedad prehistórica.

Esta proximidad al río hará que dentro de poco, cuando el pantano de la Maya sea un hecho, tres dólmenes de Salvatierra queden sepultados bajo las aguas. Los tres dólmenes son: el del Prado Nuevo, el del Prado de las Navas y el

---

1 J. Leite de Vasconcelos *O Arqueolo Portugués*, vol XXI pág. 194, est. III.

Teriñuelo. El segundo es de los más completos de la provincia, pues conserva todo su círculo de piedras formando la cámara sepulcral, su galería que mira al oriente y su gran túmulo alrededor del monumento. Cuando el agua comience a cubrir los dólmenes, presiento un diálago, una viva discusión entre aquélla y éstos, diálogo no exento de interés y que debieran escuchar los ingenieros y demás directores de la Nación.

En casi todos los dólmenes por mi excavados he visto señales de fuego, como queda dicho, carbones, tierra quemada, cenizas. Muchos utensilios del ajuar, cuchillos, hachas, vasijas, se hallan en una capa de tierra fuertemente adherida, como si, humedecidos con grasa y revueltos con tierra, hubieran pasado al fuego que formó con esos elementos una corteza que no se quita por los procedimientos ordinarios de agua y frote. Sospecho que son señales de sacrificios, de holocuastos que se celebraban en honor del difunto, o para su expiación, o para la misma cremación del cadáver, y, mientras el fuego consumía las víctimas, los asistentes arrojaban a la hoguera los preciosos despojos del muerto, impregnados de grasa, de ungüentos tradicionales, conforme a las antiguas ceremonias y ritos de sepultura. Muchos de esos objetos serían enteramente consumidos por el fuego y no quedan más que las cenizas; otros, más resistentes, subsisten todavía y dan fe de aquellas hogueras.

A esta época, principio de la edad de los metales, pueden referirse las pinturas rupestres de Pereña que se ven en el sitio llamado *los Humos de Masueco* (1). El punto preciso en que aparecen se llama *la Palla Rubia*, nombre debido quizás al color rojo en que se destacan. Están los dibujos en cinco planos de la peña, orientados al mediodía, en un escaso abrigo que avanza como para escuchar el fragoso estruendo de la espléndida cascada que dicen de *los Humos*. Las figuras que allí se ven son humanas, desde el estilo naturalista hasta el más estilizado. No aparecen animales. Hay, en cambio, líneas, puntos en serie y a granel, lazos, escalas, quizás ca-

1 Morán, *De Etnografía antigua y moderna*, Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, tomo XII, 1933.

rros, o trampas para la caza de verdad, o para la caza simbólica. Composiciones parecidas a estas escalas se encuentran en *Font de la Bernarda*, de Calapatá (1).

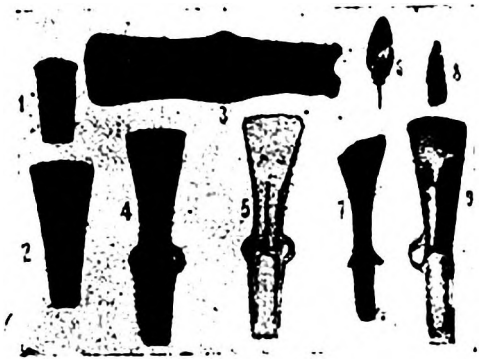

FIGURA 11

Objetos de metal de los tiempos prehistóricos. Números 1 y 2, hachas del primer período del Bronce. Número 3, valva de molde de bronce, vista por el exterior, que sirve para fundir hachas de bronce con doble anillo. 4 y 5, ejemplares fundidos ahora en ese mismo molde. 6, flecha de cobre como las que aparecen en los dólmenes. 7, hacha de talón con aletas. 8, hoja de puñal de cobre con orificios para el mango. 9, hacha de talón de un solo anillo.

Los utensilios humanos hallados fuera de los dólmenes también dan idea de la industria salmantina en los tiempos primitivos (Figura 11). Las hachas números 1 y 2 pueden considerarse, bien como instrumentos neolíticos, bien como manifestaciones del primer período de los metales. Son hachas planas, de cobre, que tienen la misma forma que las de piedra, de las que son sincrónicas, si bien indican ya un paso gigantesco en el progreso humano al apuntar la aurora de la metalurgia. Ambas proceden del Cerro del Berrueco, que presenció los tiempos neolíticos, las manipulaciones de los primeros metales y fases de cultura posteriores.

El número 3 representa un aparato de fundición, una valva de molde para fundir hachas de bronce de doble anillo, llamadas hachas de talón. Se halló en Linares de Riofrío (Salamanca), en el paraje denominado la Macolla. Unos trabajadores sacaban piedra para labrar sillares de granito y a lado de un bloque encontraron dos valvas, ésta de que hablo y otra un poco mayor, que, naturalmente, no formaban juego. Pude adquirir una; la otra no saben decirme dónde para (2).

---

1 J. Cabré. *Las pinturas rupestres de la Valltorta, escena bélica de la M. Cova del Cavll*, Sociedad Española de Antropología, tomo IV, Cuaderno 3.° Memoria 16, figura 13.

2 Más tarde lo he visto en Madrid, en el Museo de Valencia de D. Juan.

La Macolla fué un pequeño poblado en que se ven escasos vestigios de casas y más de un lagar primitivo cavado en la peña (Figura 12); es una gran pila de poco fondo, practicada en la superficie de un peñasco, con canal para la salida del líquido y un orificio a la derecha como para introducir allí un grueso palo. En el país llaman a estos depósitos lagares, que son muy frecuentes y que parece no han tenido otra finalidad.

FIGURA 12

Peñascos de granito en La Macolla, Linares, donde apareció el citado molde. En la peña más próxima al que mira puede verse una excavación que es un lagar primitivo para exprimir la uva.

Este molde, interesantísimo en extremo, por ser ejemplar muy raro en las colecciones arqueológicas (1), mide 0,255 metros de largo, 0,074 de anchura máxima, que está en el centro donde se forman los anillos y en la punta (izquierda en el grabado) donde coincide el corte del hacha en forma oval. Al otro extremo (derecha en el grabado) hay un ensanche en forma de embudo para verter el bronce líquido. Véase la figura 13. Ese ensanche o boca era naturalmente la parte superior. Más abajo tiene por fuera un anillo, y en la valva que falta correspondería otro igual para desprender las dos partes del molde una vez fría y solidificada el hacha en formación.

1 Desde luego no hay ejemplares de este tipo en el Museo de Lisboa ni en el de Saint Germain—en—Laye, ni tampoco en nuestro Museo Arqueológico Nacional. Sólo sabemos, además de los mencionados, de otro hallado recientemente en las cercanías de Oporto.

Esta parte o mitad del molde es la hembra que tiene por el interior, en los bordes muertos, ocho ranuras o incisiones que corresponden a otros tantos salientes del macho, que es el que falta. Al echar el líquido para fabricar el hacha, como el molde tenía que estar vertical, seguramente lo a t a b a n con una ligadura o lo hundían en la tierra.

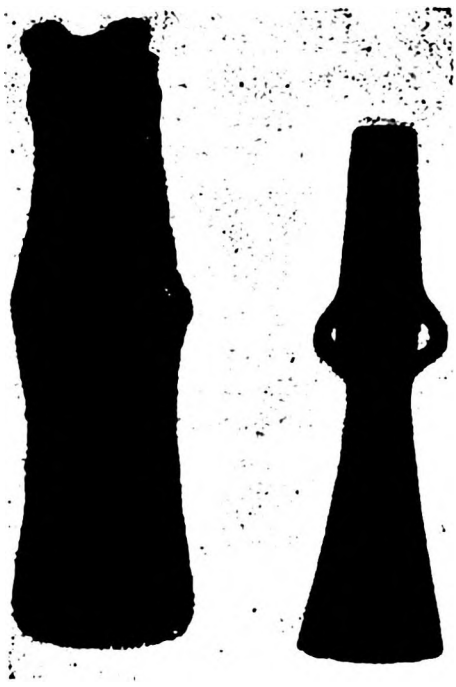

FIGURA 13

El molde visto por el interior y una positiva sacada de esa matriz.

Al caer el bronce fundido, lo primero que encuentra es el talón, la matriz del talón, con dos hendiduras laterales, una de las cuales desaparece antes de llegar a su propio límite; el centro, o sea el espacio comprendido entre esas dos líneas, se eleva para formar los rebajes del talón; viene después una gran ranura para el tope del mango, las medias lunas para los anillos y otras tres profundas líneas que corresponden, en el positivo, a dos refuerzos laterales y uno central. La línea del centro, más corta que las otras dos, termina en un hoyito, que puede considerarse como un asomo de elegancia o de arte. De ahí para abajo sigue la matriz ensanchando primero y adelgazando después para producir el corte circular del hacha con ángulos bastantes vivos. El molde y los hachas que de él resultan delatan ya una época mucho más tardía que las hachas planas números 1 y 2; podrán fecharse aquéllos entre los años 1.500 y 900 antes de Jesucristo.

Las hachas que se fabricaron con este molde tienen que

medir 0,226 metros de largo, 0,55 de anchura máxima en los anillos y 0,061 la longitud del corte. Estando ya en mi poder ha producido este molde los artefactos números 4 y 5 (Figura 11), que dan clara idea de su finalidad inmediata. El empalme del talón con el hacha es de sección cuadrangular.

Si los moldes de esta clase son raros, no lo son las hachas que de él resultan, como fácilmente puede comprenderse, pues de un solo molde pueden hacerse miles de positivos. La realidad viene a comprobar este hecho, como puede verse en un estudio claro, completo, titulado *Hachas de Bronce de Talón*, escrito por el cultísimo publicista de La Coruña don Angel del Castillo López (1).

Según este autor, que estudió con gran interés y acierto los ejemplares encontrados, lugares en que abundan y en que escasean, lo que sobre el particular han escrito los historiadores antiguos y modernos, este tipo de hachas es originario del sur de Galicia, norte de Portugal y oeste de Asturias, en cuyos territorios abundan extraordinariamente estas hachas. A partir de ahí van escaseando gradualmente los ejemplares, que se extienden hasta Andalucía, y por el norte, por la costa Cantábrica y oeste de Francia, hasta las Islas Británicas. La expansión de este tipo de hacha llega, como vemos, hasta los campos salmantinos. El citado escritor han venido a concretar, a comprobar y definir con toda claridad lo que ya vagamente habían adivinado otros escritores, por él citados, que llaman a estas hachas de "tipo ibérico", "hacha clásica española", "tipo del Miño", "del Noroeste", "de Asturias y Galicia".

El hallazgo de este molde confirma las conclusiones del señor Castillo. Unicamente añadiré que el estaño, materia que con tanto ahinco buscaban los prehistóricos para la fabricación del bronce, y sobre cuya búsqueda se han hecho tantas y tan peregrinas conjeturas, se extiende en filones,

1 Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago de Galicia. Fascículo III. Materiales de Prehistoria Gallega. II. *Hachas de Bronce de Talón*, por Angel del Castillo López, de la Academia Gallega, con un prólogo por el Doctor Ciriaco P. Bustamante. «Separata» del *Boletín de la Real Academia Gallega*. La Coruña, 1927

más o menos abundantes, desde Galicia, por Zamora, hasta Salamanca. Y dentro de esta provincia se encuentran yacimientos estañíferos en San Pedro de Rozados, en Bernoy, en Terrubias, donde ha habido explotación; en Pereña, en Fregeneda y, principalmente, en Lumbrales, donde hay explotación en regla desde los tiempos de Isabel II. El señor Ariño, propietario de la explotación, la vendió a una compañía inglesa, *Lumbrales Mining Power*, que denunció nuevos filones y que últimamente la arrendó a don Vicente Bernal, quien la trabaja actualmente (abril de 1936) con cincuenta obreros. Parece que esta mina da el 50 por 100 de estaño.

Estos yacimientos ¿habrán sido explotados en la antigüedad por los hombres que trabajaron los primeros metales? A lo menos, podemos decir que en el país existían las primeras materias sin necesidad de ir a buscar la casiterita por lejanas tierras, como los griegos que buscaban el Vellocino de Oro.

En el mismo pueblo de Linares, donde se encontró el mencionado molde, se han hallado otras muchas antigüedades, que, por desgracia, no se conservan. Cuando labran sus fincas los aldeanos, descubren con frecuencia cosas raras. Por los detalles que me dan, uno halló en cierta ocasión cuatro hachas planas del primer período del Bronce, *cuñas de metal*, dicen. Otro halló en sus trabajos una serie de fíbulas, *alfileres de metal, más grandes y de forma enrevesada que los de ahora, pero que prenden lo mismo*. Todo ha desaparecido.

El número 6 (Figura 11) es una flecha del Cerro del Berrueco, igual que las que aparecen en los dólmenes y quedan ya reseñadas.

El número 7 de la misma figura es una hojita de puñal de cobre, de 68 milímetros de longitud, con dos orificios para enmangarlo; procede del Cerro de Berrueco, donde encontré otro análogo (1), que se halla en el Museo de Ma-

1 Morán, *Excavaciones en el Cerro del Berrueco*, Memoria núm. 85 de la Junta Superior de Excavaciones, lám. IX, B, h.

drid. Ambos pertenecen claramente a la cultura argárica, bien representada en el Berrueco.

El número 7 de dicho grabado es un hacha de talón con aletas o apéndices en vez de anillos, tipo raro en las colecciones y museos. Esta escasez de ejemplares parece indicar que estuvo de moda durante poco tiempo. Déchelette (1) presenta uno de hierro, de Hallstatt, y Luis Pericot (2), otro de bronce. Estas aletas, que indudablemente servían para sujetar al mango, se parecen a los mamelones o pezones que resaltan en las vasijas primitivas en lugar de asas. La sección del talón es cuadrada. Desde las aletas hasta el corte parten dos rebordes laterales, como efecto del martilleo en ese sentido, que sirven para reforzar la pieza. Le falta la parte del corte porque los que la hallaron en Oblanca (León) sospechando que fuese de oro, le quitaron un trozo para cerciorarse. ¡Funesto desengaño!

El número 9 es hacha de talón de un solo anillo. Es propiedad de don Juan Muñoz, cultísimo polígrafo de Béjar, que la encontró en término de Santibáñez de la Sierra, al hacer la carretera de Béjar a Sequeros; se había caído por la hendidura de una peña, y cuando la volaron con dinamita, apareció el hacha. Es una hermosa pieza de uso, no como las llamadas votivas, con los rebajes del talón arqueados y con sus nervaturas de refuerzo como las de doble anillo.

Los tres ejemplares, el de un anillo, el de dos y el de aletas, no son más que evolución lenta de la primitiva forma que tenían las primeras hachas de metal, que, a su vez, continuaban con la misma de las hachas neolíticas, aunque en el tiempo pueden estar separadas por algunos miles de años. Si a los tres modelos les quitamos el talón y demás apéndices para el mango y los salientes para la resistencia, resultan verdaderas hachas del primer período del Bronce.

---

1 Déchelette, *Manuel d'Archéologie*, tomo 2.° pág. 793.

2 Pericot, *La Prehistoria de la Península Ibérica*, pág. 43; en Minerva, primera serie. Colleccio popular dels conexements indispensables. Vol. XLI.

ÉPOCA VISIGODA

Para concluir daré cuenta de una hornacina visigoda que hace años conservé en mi colección y que hoy se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional. Es de mármol blanco, mide 0,845 metros de alto, 0,48 de ancho y 0,10 de grueso, aunque esta última dimensión no es uniforme. Procede del solar en que se alza el Palacio Episcopal de Salamanca. El maestro de obras que lo hizo, don Luciano Palomero, al ver mi afición por buscar y recoger piedras antiguas, me regaló ésta, que él halló a los cuatro o cinco metros de profundidad, cavando para asentar los cimientos, y que conservaba en su casa. En el mismo sitio había otro viejo palacio mandado edificar por el obispo don Sancho de Castilla en 1436 (1); antes ya no es fácil rastrear qué edificios hubiese por allí, aunque es fácil que desde tiempos muy remotos fuese aquello morada de los obispos por hallarse inmediato a la Catedral Vieja, y ésta, a su vez, parece que es restauración de otra más antigua, quizás de origen visigodo. Se deduce de las palabras de los fundadores don Raimundo de Borgoña y la Infanta doña Urraca, su mujer, en el privilegio de la fundación: *Placuit nobis ut propter amorem Dei et restaurationem Ecclesiae Santae Mariae Salmantinae Sedis, et propter animas nostras...* (2).

La tal hornacina (Figura 14) ofrece el aspecto de una portada monumental. Dos puertas adornadas con una planta que serpentea en forma de S con tres volutas y con los huecos llenos de hojas, brotes y flores; las dos puertas imaginarias están seperadas por una pilastra de ornamentación geométrica; sobre esa pilastra vertical se apoya un travesaño horizontal con adornos semicirculares en esta forma:))))×((((, contrapuestos los de la izquierda con los de la

1 Véase Fernando de Araujo, *La Reina del Tormes*, tomo 2.° pág. 208.
2 Villar y Macías, *Historia de Salamanca*, tomo 1.°, pág. 239.

derecha. Sobre el travesaño horizontal se desarrolla una arcada inscrita en un arco de herradura, de ejecución tosca, imperfecta, formado por un cordón retorcido. En la charnela de la concha, que describe un semicírculo, hay una hoja trilobada semejante a una flor de lis y otras dos iguales en las enjutas de los ángulos superiores.

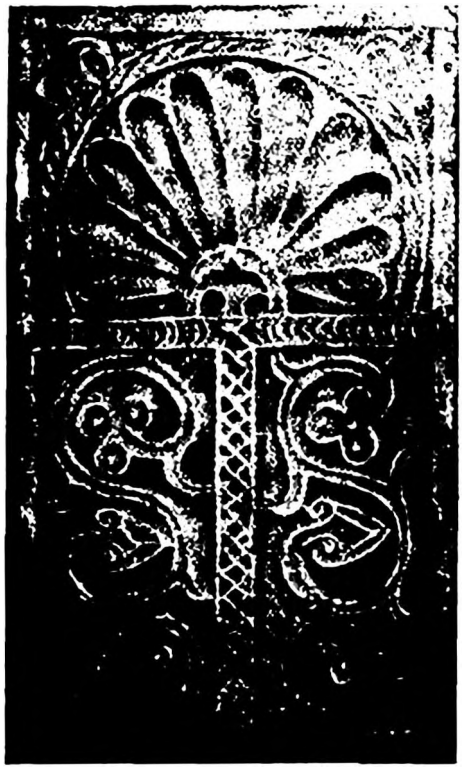

FIGURA 14

Mármol visigodo de Salamanca, siglo VII, con ornamentación filaria y geométrica.

Todo el dibujo está en relieve. El plan, muy bien trazado y definido; la ejecución se resiente de una época demasiado alejada de los siglos de oro. La hechura del cordón lo dice claramente.

En el lado izquierdo de esta lápida, de arriba abajo, aparece el nombre del artista MICAEL con letras poco profundas.

Todos los elementos que constituyen esta lápida figuran repetidas veces en las manifestaciones de arte visigodo, y su parentesco con la arquitectura y la ornamentación de esa época es evidente. El cordón retorcido se ve en relieves de Quintanillas de las Viñas, en una lápida de Tortosa, en un friso de Puebla de la Reina, en otra losa de Montefrío (Granada), y ese mismo decorado tienen las cabezas sincrónicas para señalar el cabello y el nimbo de la beatitud.

El follaje, análogamente distribuido para rellenar los huecos de la S, aparece en el sepulcro del niño Itacio, cate-

dral de Oviedo, en ciertas pilastras del templo de Santa Eulalia y del Aljibe de Mérida.

El arco de herradura, elemento decorativo que hay en esta venera, es común a casi todos los templos visigodos; en la basílica de Baños (Palencia), en Quintanilla de las Viñas, en San Pedro de la Nave, en San Fructuoso de Montelios (Braga, Portugal), y los dibujos geométricos están bien emparentados con los de la orfebrería del siglo VII, coronas de Guarrazar.

He dado alguna extensión a este mármol por ser la única manifestación inequívoca del arte visigodo en Salamanca hasta la fecha.

P. CÉSAR MORÁN, O. S. A.